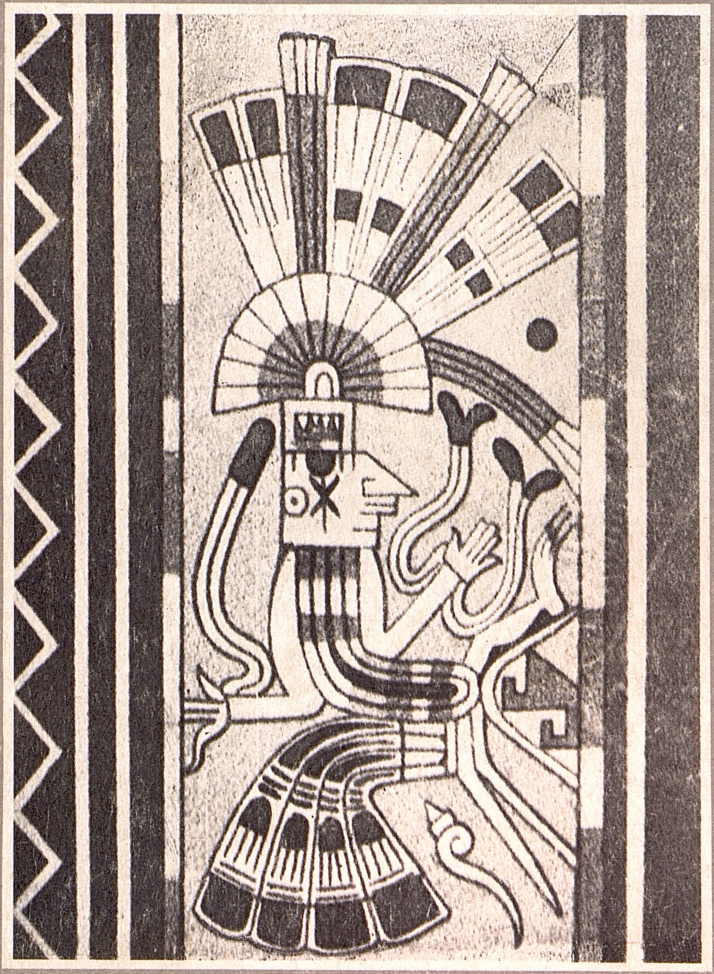
ORIGEN Y DESARROLLO EN EL OCCIDENTE DE MEXICO

Brigitte Boehm de Lameiras
y Phil C. Weigand
Coordinadores



EL COLEGIO DE MICHOACAN

Origen y desarrollo de la civilización en el Occidente de México

Homenaje a Pedro Armillas y Ángel Palerm

Brigitte Boehm de Lameiras y
Phil C. Weigand
Coordinadores

El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

Presentación
Brigitte Boehm de Lameiras 9

Introducción
Phil C. Weigand 13

Paleoambiente del lago de Zacapu, Michoacán
María Susana Xelhuantzi-López 27

Avance y perspectivas de la investigación
de las fuentes de abastecimiento de obsidiana
Efraín Cárdenas García 41

La cerámica protoclásica del Sitio de Loma Alta,
Municipio de Zacapu, Michoacán: nuevos datos
Patricia Carot 69

Colonización Mesoamericana y patrón de
asentamiento en la Sierra Madre Occidental
Marie-Areti Hers 103

Tipología agrícola del sur de Jalisco
María de los Dolores Soto de Arechavaleta 137

Producción de sal y salineros de Colima,
época Colonial
Cayetano Reyes García 145

Unidades político territoriales
Ana María Crespo 157

Una red de interacción del noroeste de Mesoamérica:
una interpretación
Peter Jiménez Betts 177

Ehecatl: ¿Primer Dios Supremo del Occidente?
Phil C. Weigand 205

El valle Zamora-Jacona: un proyecto arqueológico en Michoacán
Arturo Oliveros 239

Estudio de unidades habitacionales Prehispánicas en el Sitio de Alfaro, León, Guanajuato
Jorge Ramos de la Vega y Amalia Ramírez Garayzar 251

Sistemas de intercambio en el Estado Tarasco: notas para su estudio
Carlos Paredes M. 295

La cuenca de Sayula y el proceso civilizatorio del Occidente Mexicano
Rodolfo Fernández y Daría Deraga 307

Organización regional en el área de influencia de la Reserva de la Biosfera Sierra de Manantlán, Jalisco, en el siglo XVI
Karen Laitner Benz 319

La cultura Bolaños como respuesta a una tendencia expansiva
María Teresa Cabrero G. 339

El maguey y el nopal en la economía de subsistencia de La Quemada, Zacatecas
Ben A. Nelson 359

INTRODUCCIÓN

Phil C. Weigand

Las ponencias incluidas en este volumen fueron presentadas en un simposio realizado en el Centro de Estudios Antropológicos de El Colegio de Michoacán, en agosto de 1990 y cubren una amplia gama de temas que van desde la ecología hasta la iconografía, así como una extensa área geográfica. Lo que le da unidad a esta colección de estudios es la intención manifiesta en cada ponencia de lograr, desde un punto de vista actualizado, una comprensión de la evolución y carácter de las sociedades antiguas del Occidente de México. La organizadora de la Mesa de Trabajo fue la doctora Brigitte Boehm de Lameiras, que entonces fungía como coordinadora del Centro de Estudios Antropológicos. Fui honrado por una invitación de ella para presidir algunas de las sesiones y moderar algunos de los comentarios.

No existe unanimidad en cuanto a la definición de lo que constituye el Occidente, ya sea como espacio geográfico o en términos de configuraciones sociológicas. Tal vez ello es innecesario, porque definir una vez más una región tan insatisfactoriamente comprendida, antes de intentar un estudio mucho más sistemático del que se ha hecho hasta hoy, se convertiría en un ejercicio de "lógica reconstructiva". Podemos sugerir en términos muy generales el área geográfica dentro de la cual debió haber jugado seguramente un papel histórico el Occidente antiguo: Michoacán, el centro y la parte inferior de la cuenca del río Lerma, los altos de Jalisco y Aguascalientes, el sur de Zacatecas, Jalisco, Nayarit, Colima y Sinaloa. Parece indudable que Guerrero no debiera ya incluirse en esta gran zona. La concepción del "Occidente" en tiempos pasados era la de un "cesto de basura" al que se podía arrojar todo aquello que no encajaba en otra parte. Por lo menos podemos

asegurar lo siguiente: Guerrero no encajaba ahí y, de igual manera, se debe revisar cuidadosamente el resto de la zona en la búsqueda de un orden implícito.

Esta recapitulación sincrónica del espacio, por superficial y corta que sea, no es completamente precisa: en la época prehispánica, el Occidente fue una zona de continuo movimiento y evolución durante tres largos milenios. Los límites de la zona nunca parecieron fijos. Si bien el enigma de la definición zonal representa un problema, aún no se ha planteado una pregunta más básica y fundamental: si tomamos por un momento un área geográfica dada, ¿cuáles son las pautas socioculturales que nos permitirían determinar la marca distintiva, absoluta o relativa, de esta zona? Si no contamos con mayor información y con un trabajo de campo sistemático, la pregunta permanece sin ser respondida. Estos ensayos coadyuvan, de manera empírica, a lograr esta definición.

Como quiera que determinemos lo que constituye el Occidente, es evidente que la zona fue una de aproximadamente siete subáreas culturales con una actividad muy antigua dentro de lo que sería Mesoamérica. Cuando menos eso es lo que han demostrado concluyentemente los trabajos de Noguera, Oliveros y Kelly. Los puntos más antiguos, El Opeño y Capacha, se han explorado en forma preliminar, meramente para permitir una definición inicial. A esta breve lista ahora pueden agregarse San Juanito, San Pedro, Teuchitlán, Citlala, Matanchén, Tomatlán y el Calón, entre otros. Por lo menos sabemos que existieron dos, posiblemente tres, culturas formativas o configuraciones culturales antiguas en el Occidente, con fechas hacia principios del segundo milenio a. C., las cuales se extendían a través de una superficie muy grande: Colima, Michoacán, Nayarit, Jalisco y el extremo sur de Sinaloa. La caracterización en términos socioculturales y ecológicos de estas configuraciones sumamente antiguas, así como sus descendientes, ha causado recientemente el surgimiento de importantes diferencias de opinión.

Hasta hace poco, las afirmaciones acerca del carácter antiguo del Occidente parecían suficientemente razonables. Había la ilusión de que se había investigado el área, si bien en forma preliminar, de un extremo a otro. Sabíamos donde estaban ubicados los centros tarascos más importantes, e Isabel Kelly, Donald Brand, Carl Sauer, Ales Hrdlicka, Eduardo Noguera y muchos otros habían sido pioneros en la exploración de un buen porcentaje de la superficie del Occidente. Con la excepción de lo que era considerado como material bastante tardío, sencillamente no había nada en la zona que fuera tenido como complejo. Parecía como si el Occidente hubiera alcanzado, desde época muy temprana, un grado regular de desarrollo cultural, pero al mismo tiempo permanecía como en una etapa de "Formativo eterno",[1] hasta que la civilización llegó finalmente del centro de México durante el Posclásico temprano. No se creía que el Occidente, antes del Posclásico temprano, pudiera haber tenido un perfil de alta densidad demográfica, una arquitectura monumental, una complejidad social sobresaliente, organizaciones políticas a nivel estatal, la condición de civilización, etc. Por lo tanto, no tenía la región en sentido estricto un período "Clásico", como el resto de Mesoamérica. Huelga decir que el concepto de "urbano" no se podía aplicar en una zona así.

El Occidente se convirtió en un territorio de "no hay", una amplia región definida tanto por elementos negativos como por positivos, todos los cuales fueron utilizados para probar la marginalidad de la zona con respecto a los principales teatros de la civilización en el este. El mapa de Mesoamérica publicado originalmente en 1968 por la National Geographic Society con el título de *Archaeological map of Middle America: land of the plumed serpent* y que aún es ampliamente utilizado en todos los niveles educativos, se interrumpe exactamente al poniente de Toluca. En los tiempos en que los pioneros hicieron sus primeras exploraciones de campo, no había nada malo en esa concepción: estaban describiendo o interpretando lo que veían. Todos ellos consideraron su trabajo como preliminar y ninguno de ellos tuvo alguna

1. Esta frase fue acuñada por Marie Areti Hers para uso específico en la historiografía de la arqueología del Occidente.

vez la intención de que sus interpretaciones se petrificaran en dogmas. Sin embargo, eso es exactamente lo que pasó. Una cita de Ignacio Bernal, escrita en 1969, ilustra este punto: "no habiendo tenido la influencia civilizadora de los olmecas, el occidente de México se quedó permanentemente en el atraso" (Bernal, 1969: 143).

La cita ilustra la definición del "no hay" del Occidente dentro del contexto de otra posición: el centralismo. Octavio Paz en su ensayo *Posdata* llama a esta posición el "punto de vista nahua". Nos recuerda que es la encarnación de una filosofía política contemporánea respecto de la interpretación de la arqueología mesoamericana antigua. El centralismo del punto de vista nahua no puede ni podrá explicar los orígenes de la civilización en el Occidente, ni las relaciones entre el Occidente y el resto de la civilización. El aceptar el dogma del centralismo (conjuntamente con el concepto de "no hay" y el de "formativo eterno") como explicación del Occidente prehispánico, constituye una negación del sitio privilegiado del Occidente, si no se cuenta con el contrapeso de investigaciones empíricas sistemáticas. El centralismo alentó una actitud de *summa sedes non capit duos;* coadyuvó a promover una forma de amnesia colectiva, una negación de la substancia del pasado. En el Occidente, llenamos este hueco en el siglo XIX con la idea romántica de Chimalhuacán; en el siglo XX lo hemos llenado con la añoranza actual de la "mexicanidad" en Nayarit, y la creencia en el "formativo eterno". Edward Abbey nos ofrece en la obra *The journey home* (Plume, 1991) un sentimiento poético sobre este tipo de situación, que en gran medida refleja la actitud del pueblo hacia nuestro marco regional prehispánico:

> Algo similar a una sombra ha caído entre el presente y el pasado, un abismo tan grande como la guerra, sobre el cual no puede tenderse un puente por medio de ninguna conexión tangible, de modo que la memoria se debilita paulatinamente, y las imágenes de nuestros principios se traicionan, disuelven, se hacen nomíticas sino ilusorias. Hemos tolerado el asesinato de nuestros propios orígenes (p. 225).

Los problemas con la caracterización del Occidente como un "formativo eterno" son muchos, y han sido designados en otra parte como un "complejo de simplicidad" (Weigand 1985, 1990). Pero el problema principal consiste en que existe una visión del Occidente que no está basada en suficiente trabajo de campo sistemático. Sus raíces se derivan tanto de la historia del arte como de la arqueología.

En 1948, la Sociedad Mexicana de Antropología publicó la IV Mesa Redonda, titulada *El Occidente de México*. Esta publicación fundamental contenía dos mapas de las "provincias cerámicas", uno realizado por Isabel Kelly y el otro por Pedro Armillas. Cuando comencé a realizar mi propio trabajo en el Occidente, Pedro Armillas se aseguró de que yo entendiera que estos mapas eran en gran medida provisionales y que sólo fueron hechos para servir de guías en la investigación futura. Lo que ocurrió con ellos, sin embargo, fue que cobraron una vida propia que excedía la intención original. Las "provincias cerámicas" se petrificaron como realidades y la consecuencia fue el surgimiento de una focalización ceramocéntrica de la arqueología en esta región que aún continúa y que ha resultado muy difícil de conciliar con las observaciones antropológicas o sociológicas. Con este enfoque tan fuertemente centrado en la cerámica, se prestó poca o ninguna atención a los sistemas de asentamiento, a la arquitectura (excepto en forma indirecta), a la minería, etc. El resultado neto fue (y sigue siendo) que a las "provincias cerámicas" se les hizo equivalentes con "culturas", que a su vez se relacionaron con la situación que describen las fuentes españolas durante el período inicial de la conquista. Estas fuentes han sido utilizadas para justificar la idea de fragmentación política en la víspera de la conquista. Fue un perfecto nudo que ató a las fuentes etnohistóricas (no contextualizadas arqueológicamente), con las "provincias cerámicas" y con las "culturas", para constituir un desván donde caben casi todas las áreas, casi todo el tiempo. Si ello hubiera sido considerado como sólo un paso más hacia nuestra definición del Occidente, como una hipótesis de trabajo que inspirara el trabajo de campo sistemático, habría tenido entonces un valor de investigación más alto.

Betty Bell, en su fundamental estudio de 1971 publicado en el *Handbook of Middle American Indians*, ofreció la expresión más coherente sobre el enfoque cerámico para el Occidente. Ella no consideró que su estudio fuera algo cercano a la arqueología antropológica de la región (comunicación personal), aunque hay quienes usan este trabajo exactamente de esa forma.

Existen tres problemas principales con el enfoque de las "provincias cerámicas" consideradas como "culturas":

1) El análisis de las cerámicas *per se* no se basó en conceptos de la ecología cerámica que han propugnado Matson, Sheppard y, más recientemente, Price. Se describe la cerámica del Occidente sobre todo desde la perspectiva de los motivos de diseño, y menos frecuentemente de la morfología de las vasijas. El barro, el desgrasante, la obtención de los materiales y otras consideraciones tecnológicas raramente se emplean en una forma realmente analítica. Meredith Aronson está empezando a realizar estudios sobre la procedencia de objetos de cerámica como parte de un proyecto que destaca los materiales de Tabachines, Jalisco, de Javier Galván. Los motivos de diseño atañen más al reino de la iconografía que al de la tecnología; de ahí que sean notoriamente cambiantes (solos, sin contar con series de datos paralelos bien comprendidos, no ameritan la pesada carga interpretativa que los arqueólogos les han conferido tradicionalmente).

2) La cerámica en sí misma no se iguala a, o constituye, una "cultura". Las culturas, como es usado normalmente el término por los antropólogos, tienen una mucho mayor dimensión para ellos, que sólo la cerámica (o figurillas de barro). Xavier Rousseau presentó un comentario en 1990, en la Universidad de Guadalajara, que resume algunos de los puntos arriba citados:

> La división del Occidente en regiones propuesta por Isabel Kelly se fundaba y se limitaba a un estudio descriptivo de la cerámica y sus áreas de difusión, pero muchos seguidores menos prudentes interpretaron las regiones cerámicas como equivalentes a cultura o civilización.
>
> Por cierto la cerámica bastante abundante en la mayoría de los sitios constituye el material más accesible al estudio, sin embargo, este tipo de material es poco representativo de una cultura. Aún menos, si se toma en cuenta un análisis solamente descriptivo de la decoración (p. 3, ms.).

El hacer equivalente cerámica con "cultura", me recuerda la situación de la arqueología europea al terminar el siglo pasado. Las complejas conclusiones de Gustav Kossinna sobre la "gente de la alfarería encordelada", se convirtieron en un trasfondo en el que teníamos "gentes de alfarería lineal", "gente de hachas de guerra" ,"gente de catacumbas", y otros más. Esta última me recuerda a las "culturas de las tumbas de tiro" del Occidente. Parece ser que la herencia intelectual de Kossinna sigue viva en el Occidente, después de casi un siglo. En Europa, estas presuposiciones ceramocéntricas desafiaron a los intentos antropológicos de contextualización, hasta que finalmente se les descartó por completo. Tales opiniones podrían explicar la dinámica cultural exclusivamente a un nivel de revelación de *kulturkreis*. Sabemos ahora que los sistemas sociales, a través del tiempo, no pueden explicarse o aún describirse por tales referencias. La imágen resultante desde la prespectiva de las provincias cerámicas es estática, ahistórica, no institucional, y, cuando se permite el cambio, mecánica. Sabemos que la habilidad de pensar en términos sociales es la verdadera esencia intelectual de la arqueología antropológica.

3) Al observar la supuesta fragmentación del Occidente al otro lado de la región tarasca como un reflejo de las "provincias cerámicas", se postuló que esta región siempre había sido así. No sólo el Occidente ha sido calificado con estas u otras afirmaciones similares sobre su falta de complejidad. Debemos de recordar que Henry Morgan alguna vez clasificó al fenómeno entero de Mesoamérica como algo menos que civilizado. En cierto momento, hasta antes del trabajo de Armillas, se consideraba a Teotihuacan únicamente como un centro ceremonial. Además, se analizaron las ciudades mayas como si fueran centros ceremoniales vacíos, hasta que el Proyecto Tikal demostró concluyentemente lo contrario.

Un caso fascinante ha sido presentado por la investigación de Anna Roosevelt y sus colegas en la Amazonia (ver Gibbons, 1990, en *Science* vol. 248). En lugar de la investigación de campo, se había generado un dogma que afirmaba que la Amazonia era un lugar atrasado,

subdesarrollado y escasamente poblado (como lo es en el presente). El trabajo de campo sistemático está demostrando algo muy diferente: centros grandes, complejos y permanentes, ocupados por importantes núcleos de población, además con una fecha temprana para el inicio de estos procesos. El paralelismo entre la reinterpretación actual de la arqueología de la Amazonia y la que se está llevando a cabo en el Occidente, es sorprendente.

Suponiendo que el área estaba en verdad fragmentada y que tenía un bajo nivel de complejidad social cuando los españoles llegaron a principios del siglo XVI (teoría en la que no creo, ver *infra*), se deduce lógicamente que el Occidente siempre fue así. Aparte de la falta de lógica, esta suposición no concuerda con la arqueología de la región como la estamos ahora empezando a entender. A manera de analogía: ¿podemos utilizar la fragmentación de la sociedad maya del Posclásico tardío de las tierras bajas como una guía razonable para entender las realizaciones magníficas de la civilización durante el período Clásico? ¿Estaba el Occidente tan fragmentado en el momento de la conquista española? Tenemos que contextualizar esta pregunta con las consideraciones siguientes:

1) La zona del otro lado del territorio tarasco fue un punto focal en la actividad militar de expansión que provenía del sur y sureste (el Imperio Tarasco) y del norte (los caxcanes). En resumen, la mayor parte del área interpuesta era un lugar de avances militares prehispánicos, atrapado en las pinzas de estados expansionistas. Dada esta configuración sociopolítica, exceptuaríamos algo que fuera anormal.

2) Las enfermedades europeas habían llegado, como vanguardia, a los suelos vírgenes del Occidente (suelos vírgenes en el sentido de Crosby y Gottfried), antes de la llegada real de los españoles en persona. Por lo tanto, el uso de las primeras fuentes españolas debiera de condicionarse a la siguiente limitante: desde la perspectiva del frente de las enfermedades, las sociedades nativas del Occidente no estaban en un estado prístino cuando llegaron los primeros españoles. Sabemos que el Cazonci tarasco Zuangua murió en 1520, mucho antes de que los

españoles lanzaran sus expediciones de conquista hacia el Occidente. La muerte de Zuangua, además del impacto psicológico de la destrucción de Tenochtitlan, significaron la confusión para cualquier plan tarasco de una resistencia organizada. Antes de la conquista de Tzintzuntzan, las enfermedades estaban mermando a la nobleza, reduciendo sus números y su resolución. Por otra parte, es muy probable que la misma situación prevaleciera en la zona al otro lado del territorio tarasco. Las alusiones a esta situación se conservan en la *Relación Geográfica de Ameca*, además de los relatos mismos de Guzmán a lo largo de la costa de Nayarit.

3) La estructura comercial mesoamericana, en la cual estaba completamente inserto el Occidente, se había desplomado ante el asalto de la pandemia y la conquista efectiva de los principales centros de consumo en el oriente. El impacto económico de la actual epidemia de cólera en Perú debiera recordarnos de la seriedad del punto anterior. Ello dio entrada a un elemento de caos económico. Además, muchos sitios del Posclásico tardío son muy complejos.

Estos tres puntos, y otros más, se deben considerar al discutir la supuesta fragmentación del Occidente en la víspera de la conquista española. Además, necesitamos recordar que los tarascos y los caxcanes estaban lejos de ser sociedades fragmentadas, al tener ambos pueblos centralizado el poder político y económico de manera propia. El centro caxcán en Teul no era la capital económica y política que fue Tzintzuntzan, pero operaba, no obstante, como la fuerza centralizadora entre ellos. Ello incluía el pago periódico de tributo a Teul. Puesto que el imperio tarasco y la confederación caxcana cubrían territorialmente cerca del 50% del Occidente, resulta engañoso el afirmar que el Occidente estaba caracterizado por una supuesta fragmentación. En realidad, únicamente la zona de avance militar de la región transtarasca y tal vez parte de la costa de nayarit, pueden considerarse como posiblemente fragmentadas, pero no lo suficiente (y no con la suficiente seguridad) como para servir de estereotipo, especialmente durante el período Clásico. Pero con mucho la mayor objeción al tema de "formativo

eterno" es que, antes del Posclásico, cuando se supone que estuvo en vigor, simplemente no concuerda con la información obtenida en el campo. Sabemos que sin un estudio sistemático para documentar los patrones de asentamiento (y sus jerarquías) no se puede caracterizar a las sociedades ni a los sistemas sociales. Este tipo de estudios ha demostrado en décadas recientes que el tema del "formativo eterno" es completamente erróneo. En todas las subáreas del Occidente, podemos ahora documentar lo siguiente:

1) Arquitectura monumental, que es más bien común en ciertas áreas bastante antes del Posclásico;

2) Patrones de asentamiento que muestran una complejidad y especialización tanto comunal (intra-local) como zonal (inter-local), y que en algunos casos representan procesos de urbanización, como es el caso de teuchitlán, que fue posiblemente, una verdadera ciudad;

3) Sistemas sociales altamente complejos, reflejando jerarquías definidas de sitio y regionales, estratificadas, y en un nivel estatal de desarrollo sociopolítico. Esta situación parece ser el caso indudablemente en el período Clásico temprano en determinadas áreas y fue acompañada por una implosión de la población y por desarrollos agrícolas intensificados (construcción de terrazas y de chinampas).

La cara rural del Occidente, durante y después del período Clásico, representa un artefacto de los arqueólogos (no teníamos información suficiente para haber postulado tal cuestión). Para usar otra analogía: ¿Qué habría pasado si hubiéramos investigado todo el centro de México (o el valle de Oaxaca) exceptuando el valle de Teotihuacán (o el cerro de Montealbán)? Sin esos centros, ¿Cómo aparecerían el centro de México (o el valle de Oaxaca)? Sería una zona con una "cara rural".

Para el período Clásico, en el Occidente empezamos a entender el hecho de que también hubo un área nuclear, una zona que se desarrolló diferencialmente, como asunto de política social, en un Área Económica Clave (como lo propone Ch'ao-ting Chi en su trabajo fundamental de 1936 sobre las obras públicas de la antigua China). El desarrollo diferencial de un núcleo dentro de una región es una circunstancia

natural en todo el mundo, durante la evolución de civilizaciones tempranas. El área de Teuchitlán en Jalisco parece ser tal zona nuclear de desarrollo diferencial, para una amplia parte del Occidente durante el período Clásico. La característica arquitectura circular, que vemos en su más elevado nivel de monumentalidad en esta área, se distribuye por lo menos sobre la mitad del Occidente en un lapso de tiempo que puede abarcar un milenio. De la misma manera que no podemos tratar de entender la variante teotihuacana de la civilización mesoamericana simplemente mirando sus asentamientos rurales (aunque eso es obviamente necesario), ya no podemos atrevernos a caracterizar al Occidente sin estudiar su área nuclear. Isabel Kelly y Pedro Armillas nunca quisieron que sus "provincias cerámicas" se congelaran en el tiempo, como artefactos por derecho propio. Eso fue algo que nosotros hicimos a sus idea preliminares, forzando un significado donde ninguno se pretendía. Debemos de tener la flexibilidad para reconocer que nuestra conceptualización del Occidente está cambiando rápidamente el día de hoy, y continuará cambiando mientras más y más estudiantes e investigadores se vean inevitablemente atraídos hacia la región. De la misma manera que el trabajo pionero de Kelly, Armillas y Bell sobre estilos cerámicos y sus distribuciones fueron un paso importante en el desarrollo de una arqueología regional, el trabajo que nosotros hagamos hoy es solamente otro mojón, que será superado y mejorado con tecnologías y metodologías más exactas y superiores, para ser reinterpretado y presentado de nuevo. El entendimiento arqueológico de una región como el Occidente representa un proceso, que en realidad no tiene fin a la vista, mientras exista la base de recursos.

Otro importante conjunto de problemas al que los arqueólogos deben de enfrentarse en el Occidente es la destrucción de la base de datos, que continúa y en ocasiones se acelera. Como todos nosotros sabemos, los sitios arqueológicos son recursos no renovables: una vez que desaparecen, se pierden para siempre. El saqueo irrestricto en busca de objetos para vender es el tipo de destrucción de nuestra base de recursos más frecuentemente encontrado. En el Occidente, se tiene la costumbre de tratar a las ruinas como minas, vendiendo el producto de

tal actividad al mejor postor; en la mayoría de los casos, eso significa la exportación ilegal de arte arqueológico a otros países. Anteriormente el saqueo en el Occidente era más bien a pequeña escala, efectuado por campesinos que tenían reales necesidades económicas; aunque esto obviamente todavía ocurre, ahora mucho del saqueo es a gran escala y altamente organizado. Muchas de las personas involucradas en el saqueo y venta de artefactos se encuentran firmemente establecidas en la estructura política, y consecuentemente están por encima de la ley. Con estos ejemplos de comportamiento ¿cómo se espera que piensen los estudiantes y ciudadanos comunes, y cómo se supone que actúen? Una segunda causa de destrucción de la base de recursos es el emparejamiento de terrenos agrícolas para el cultivo de la caña, mismo que ha destruido en los últimos 20 años poco menos de la mitad de la zona habitacional de Teuchitlán, por ejemplo. Existen otros innumerables casos de daños, ocasionados con el arado, de recolección de piedras y relleno de montículos para limpiar los campos y/o construir cercas, etc. Gran parte de estos daños ocurren de manera casi imperceptible, pero no obstante, representan una constante erosión de la base de datos. La erosión natural, después de la deforestación o el pastizaje desmedido, es una variante de este proceso. La preservación de los recursos en este nivel requiere de introducirse a las escuelas locales y hacer un esfuerzo por educar a largo plazo.

Pero la destrucción más irreflexiva de los sitios arqueológicos proviene de la dirección menos esperada: los proyectos de construcción a gran escala patrocinados por el gobierno. El peor ejemplo de esto que yo he presenciado en cualquier lugar y momento es la absoluta destrucción de Coyula (también conocido como Coyutla), en el municipio de Tonalá, para situar el basurero municipal más reciente de Guadalajara. El sitio de Coyula era más grande que el Ixtépete, era el sitio más grande que yo he visto en el valle de Atemajac y su estado de conservación era bastante bueno. Tenía este sitio cuatro grandes plataformas, la mayor de ellas de alrededor de 60 por 80 metros y estaban frente a grandes plazas, además de una plataforma cruciforme única en su estilo y una pirámide

de 40 por 40 por 12 metros en el extremo sur. La ciudadela estaba en la cima de un cerro, tenía terrazas y una rampa de piedra que daba acceso desde el norte. Cimientos de adobe podían verse en el corte hecho por saqueadores en la cima de una de las grandes plataformas y servían como base para una gran casa. Material del período Formativo había sido saqueado del sitio durante años, pero la mayor parte de la arquitectura visible, en las aproximadamente 50 hectáreas de esta ciudadela, era de fecha epiclásica y clásica. Existía una abundante cubierta de tiestos y de artefactos de obsidiana en la superficie, junto con restos de cantera esculpida, manos, metates, etc. Primeramente, el sitio fue excavado y se extrajo su material para usarse como relleno y en la construcción de zanjas; casi toda la arquitectura desapareció en ese momento. Después llegaron los camiones de la basura y las incontables toneladas de basura misma que es movida con maquinaria para acomodarla, destruyendo por completo lo poco que quedaba del sitio.

Coyula fue localizado por el ingeniero Francisco Ron Isordia hace muchos años y él me lo recomendó como uno de los más hermosos sitios que había visto. Yo dediqué dos días realizando un estudio muy preliminar de lo que podía observarse en la superficie y en los pozos de saqueo; el único registro de Coyula que ahora existe es un breve reporte archivado en el Centro Regional de Occidente (*Coyutla,* 1987, ms.), acompañado de algunos pocos perfiles y un mapa bosquejado, al igual que unas pocas transparencias pobremente realizadas, en mi colección personal. Coyula simplemente ha desaparecido y no se hizo absolutamente ningún esfuerzo para salvarlo. Una joya arqueológica desapareció bajo el impacto del proyecto de construcción del basurero.

En términos generales, parece claro que los profesionales que no ayudan a detener la destrucción de su irrenovable base de datos, en este caso sitios arqueológicos, realmente no son profesionales. En el Occidente, la base de datos se encuentra en condición crítica; solamente los actos pueden conservar lo suficiente de ella para justificar nuestro salario.

Este simposio representa una importante etapa en el desarrollo procesual de la arqueología del Occidente. Hace poco tiempo, una

notable pregunta era: ¿existió la complejidad en el Occidente? Ha habido un cambio perceptible hacia una nueva pregunta: ¿qué tipo de complejidad existió en el Occidente? Muchos de los estudios en este libro tratan del problema de la complejidad desde las nuevas perspectivas de más trabajo de campo sistemático. Ha habido un cambio en los tipos de proyectos de campo que ahora se están llevando a cabo en el Occidente; por ejemplo, ya nadie pone en duda el valor de reconocimientos sistemáticos de grandes áreas. Parece ser que finalmente estamos cruzando el umbral de la historia del arte, de las "provincias cerámicas" del ceramocentrismo y de los pozos de sondeo en sitios aislados y sin contexto, y estamos entrando a un mundo de arqueología antropológica: jerarquías de patrón de asentamiento, sistemas y tecnologías agrícolas, gramáticas generativas de arquitectura y técnicas cerámicas, procedimientos avanzados de laboratorio como activación de neutrones y I.C.P. de obsidianas, arcillas, cobre, menas de cobre, etc.; estudios contextualizados iconográficos y epigráficos, contextualizaciones ecológicas, etc. Desde esta perspectiva, el futuro de la arqueología del Occidente nunca ha parecido estar mejor. Los estudios en este volumen contribuyen al mencionado umbral. Todos estamos concientes de las grandes distancias todavía por recorrer, para poder alcanzar una caracterización del Occidente que sea moderadamente adecuada y sofisticada, pero está a nuestro alcance. En un sentido muy real, todavía somos el "patito feo" de la arqueología mesoamericana, pero la arqueología del Occidente realmente está llegando a la mayoría de edad.